



El polaco-americano Brzezinski se ha tomado su revancha frente a Moscú, y los nuevos dirigentes chinos han sabido jugar con su impaciencia. (En la foto, con Cui Tse-min.)

Usa-China

EL DESQUITE DE BRZEZINSKI

JOAQUIN RABAGO

COMO Kissinger, el antiguo secretario de Estado norteamericano, tampoco Zbigniew Brzezinski podrá nunca llegar a Presidente. Ambos son europeos de nacimiento —Kissinger es judío-alemán; mientras que Brzezinski, nacido en Varsovia en 1928, no emigró a Estados Unidos hasta 1953— y tienen todavía, cuando hablan la lengua del Imperio, un fuerte acento extranjero. Uno y otro llegaron además a la Administración desde la Universidad; los dos son miembros de la famosa Comisión Trilateral (1) y en política exterior y defensa, que es lo suyo, son partidarios de una "línea dura" frente al comunismo.

Pero hay también entre ambos diferencias. Mientras que, bajo Nixon primero y luego con Ford, Kissinger pudo trazar prácticamente solo las líneas maestras de la diplomacia norteamericana en el mundo; Brzezinski, que tiene el cargo de consejero de Seguridad Nacional, encuentra siempre un importante obstáculo en el actual secretario de Estado, Cyrus Vance.

Las interferencias entre ambos hombres son continuas. Porque, frente al intemperante Brze-

zinski, Vance es, al igual que su homólogo soviético, Andrei Gromyko, un sigiloso y eterno negociador que ha estado presente en los intentos de resolución de casi todas las crisis en que se vieron envueltos los Estados Unidos durante los sesenta: Panamá, en el 64; República Dominicana, al año siguiente; en el 67, Chipre; en 1968, conversaciones de París sobre el Vietnam, y ese mismo año, apresamiento del buque de guerra "Pueblo" por los norcoreanos.

Vance y Brzezinski son las dos caras de la política exterior de los Estados Unidos. Carter echa mano de uno y de otro alternativamente, lo cual, amén de provocar constantes fricciones entre ambos, hace preguntarse a mucha gente dónde está la coherencia de la actual Administración.

Hace tiempo que Vance se viene quejando de la ducha fría que representan a menudo las palabras y maniobras de Brzezinski para las negociaciones sobre limitación de armamentos en que está embarcado el primero. Hasta el punto de que, bajo amenaza de dimitir, Vance obligó en determinada ocasión al Presidente a llamar al orden a su intransigente consejero. Pero éste, lejos de escarmentar, se limitó a esperar una oportunidad para demostrar al secretario de Estado cómo hay que actuar frente a Moscú. Y la ocasión hablan de ofrecérsela los nuevos dirigentes de Pekín.

Los primeros contactos entre Vance y Teng Hsiao-ping tuvieron lugar en la primavera de 1978. Vance había estado en China poco antes, sondeando las posibilidades de proseguir el acercamiento iniciado por Nixon

y Kissinger. Brzezinski aseguró ya entonces a Teng, en Pekín, que no había ningún impedimento para la plena "normalización" de las relaciones entre ambos países. En secreto —para no alarmar al Congreso— continuaron entonces las conversaciones entre Pekín y Washington hasta que por fin los dirigentes chinos decidieron llegado el momento de dar el golpe. La precipitación con que al final se hizo todo, así como la fecha elegida, no son en absoluto casuales. El anuncio de la normalización llegó, en efecto, poco antes de la proyectada cumbre, en Washington, de Carter y Brezhnev para la firma del tratado sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT II). Según se ha sabido después, fueron los propios chinos quienes más presionaron para que la normalización se produjera antes del encuentro soviético-americano. Se dice que supieron jugar con la impaciencia de Brzezinski, deseoso también de dar un escarmiento a los rusos, aunque queda por saber quién jugó en realidad con quién.

Vino después la visita de Teng a Estados Unidos, que comenzó, significativamente, con una cena privada en casa del matrimonio Brzezinski. En las declaraciones que hizo en suelo americano, Teng no pudo ser más explícito: los pueblos no debían hacerse ilusiones respecto del SALT ni dejarse adormecer por semejantes acuerdos; los soviéticos querían hacer de los vietnamitas los cubanos del Oriente; en interés de la paz mundial y de la estabilidad de la propia China había que llegar a un eje Pekín-Tokio-Washington-Bruselas a fin de

contener el expansionismo soviético; era preciso, antes de nada, dar a los vietnamitas un escarmiento, etcétera.

Consecuencias inmediatas de la emisión del famoso comunicado conjunto contra la "hegemonía" —léase URSS— fueron, naturalmente, el aplazamiento de la firma del SALT II cuando ya todo estaba a punto, y, por otro lado, la invasión del Vietnam por las tropas chinas con o sin conocimiento de Washington. Porque aunque la Casa Blanca siga negando cualquier complicidad, basta hojear la prensa norteamericana de los días de la visita de Teng para comprender que lo que ha ocurrido era cuando menos previsible.

Hoy todo el mundo habla de "lección", peligroso eufemismo que empleó ya el vicepresidente chino en los Estados Unidos. China ha dado una lección al Vietnam; Washington se la ha dado a Moscú, y Brzezinski, a Vance. Lecciones que, sin embargo, nadie necesitaba y que hacen cada vez más difícil el mantenimiento del actual equilibrio. Porque conviene no olvidar que China reivindica no sólo determinadas zonas de Indochina, sino incluso más de un millón de kilómetros cuadrados que hoy pertenecen a la URSS.

Para disuadir a su potencial enemigo asiático, Moscú insistirá en desarrollar armas nucleares de alcance medio, precisamente ese tipo de armas que los europeos de la OTAN ven como una amenaza seria para todo el continente. Y los halcones insistirán en que Europa debe aceptar la instalación en su territorio de nuevos misiles provistos de cabeza nuclear. Lo harán aunque, en defensa de sus tesis, tengan que manejar cifras falsas. ¿No ha llegado a decir, por ejemplo, el propio secretario general de la organización, Joseph Luns, que la URSS dispone actualmente de 600 cohetes del tipo SS-20, dirigidos todos ellos hacia blancos europeos, cuando hasta el nada sospechoso secretario de Defensa de Estados Unidos, Harold Brown, asegura que los soviéticos no cuentan con más de 100 rampas móviles de lanzamiento para esos cohetes, de las que la mitad aproximadamente están en Siberia; es decir, que apuntan a blancos situados en China?

El polaco-americano Brzezinski se ha tomado su revancha frente a Moscú, y se lo ha vuelto a poner difícil a Vance, que es el encargado de negociar en París con los soviéticos. A Vance y, de rebote, a todos nosotros. ■

(1) Organización internacional ideada y financiada por David Rockefeller de marcado carácter anticomunista y de la que forman parte banqueros, industriales, políticos, periodistas, etc. Algunos nombres: Carter, Mondale, Vance, Michael Blumenthal, Giovanni Agnelli; J. P. Austin, presidente de la Coca-Cola; John Loudon, presidente de la Royal Dutch Petroleum; Arrigo Levi, director del diario "La Stampa"; Theo Sommer, de "Die Zeit". El papel de Brzezinski en la Trilateral ha sido de primera importancia.